

NOVELA HISTORICA.

GUELFOS Y GIBELINOS.

POR

EL VIZCONDE DE SAN JAVIER.

(Conclusion).

IV.

MUERTE.

Una larga y benéfica enfermedad hizo perder á Leonor el sentimiento de sus penas: en las intolerables situaciones del alma, el dolor físico es un bien, un saludable alivio que alfoja el arco tirante pronto á romperse.

Sin embargo, con la salud Leonor recobraba el recuerdo de los pesares que agobiaban á su familia: vió á su tío mas triste, mas sombrío que nunca en su casa ahora solitaria; supo por las conversaciones de sus sirvientes que Lotario, la noche de su fuga, se había casado en la capilla de los dominicos con Beatriz, y que había ido con ella á Módena, ciudad que hacia parte de los Estados sometidos á Federico II. Como su padre había previsto, el hijo desobediente no había tardado en convertirse de súbdito rebelde en agente del emperador; porque Lotario, despues de haber prestado un juramento de obediencia al emperador, ocupaba un importante mando en el ejército que se aprestaba á marchar contra la Santa Sede.

Esta última y fatal noticia hizo rebosar la copa del dolor de Bentivoglio; renovó de una manera solemne la maldición pronunciada contra su hijo; borró su nombre de la genealogía de la familia; hizo destruir y quemar todos los objetos que habían sido de su uso; armas, vestidos, muebles, libros, todo fué arrojado á la hoguera; el nombre de Lotario no volvió á pronunciarse en la casa en que por tanto tiempo había hecho las delicias: solo Leonor guardó el triste recuerdo del compañero de su infancia.

Estas guerras funestas que hacia siglo y medio ensangrentaban la Italia, debían su primer origen á la donación que hizo á la Santa Sede la condesa Matilde de Este. Fué en el pontificado de Gregorio VII; ese gran corazon, ese noble genio que luchó á nombre del Cristianismo y de la civilización contra la fuerza brutal, representada por el emperador de Alemania, Enrique IV, que había querido imponer á la esposa de Jesucristo el yugo de los principes temporales.

Matilde, alma decidida y altiva, tomó una gran parte en estas luchas, y para afirmar el poder de los soberanos pontífices les legó sus vastos dominios, de que el patrimonio de San Pedro no conserva hoy sino una pequeña parte. Enrique, de quien era feudataria Matilde, creyó ver en esta donación una violación de los derechos del Imperio: declaró la guerra á la Santa Sede, sitió á Roma, y se apoderó de ella despues de una larga resistencia. Gregorio VII murió en Salerno, desterrado de la ciudad pontifical, y repitiendo en sus últimos momentos: «He amado la justicia, he aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro.» Enrique,

SEGUNDA SERIE.—1866.

que IV, sobre el que había descargado su mano el Señor, murió en Lieja, desterrado del Imperio, perseguido por sus hijos ingratos y abandonado de cuantos le habían servido en los tiempos de su prosperidad y fortuna. Pero su muerte no puso fin á estas disensiones. Enrique V, su hijo, prosiguió la guerra contra la Iglesia. Los papas continuaron protegiendo la libertad itálica: la guerra fué mas activa que nunca en tiempo del emperador Federico Barbaroja: la independencia de la Santa Sede, la independencia de la Italia, parecia amenazada por un príncipe cuyo talento, cuyo valor, cuya indomable energía admiraba la Europa; sin embargo, aquel gran poder se abatió delante de un anciano; aquella fuerza formidable se dobló; aquella ambición sin rival vino á estrellarse á los piés de un sacerdote que no tenía mas armas que la mansedumbre de Jesucristo. Federico, vencido por los milaneses (1162), pidió la paz y la reconciliación al papa Alejandro III, que, glorificando á Dios, exclamó al recibir las acciones de gracias de las ciudades de Italia pacificadas y libertadas: «El Señor ha querido que un anciano y un sacerdote triunfen sin combatir de un emperador poderoso y terrible.»

Federico, convertido en el apoyo de la Iglesia, en la esperanza de la cruzada, pereció, como se sabe, atravesando el Cydnus, dejando la memoria de un príncipe que había sabido encontrar mas grandeza en la humildad de su derrota que en la pompa y magnificencia de sus mas brillantes victorias. Enrique VI, su hijo, que le sucedió y pereció joven, despues de un reinado lleno de tiranía y crueldad. Federico II, su heredero todavia en la cuna, tuvo por tutor al papa Inocencio III, que le hizo educar con la ternura y cuidadosa vigilancia de un padre, lisonjeándose sin duda de inspirar á aquel príncipe niño el respeto y el amor á la Iglesia que abrigaba en su seno maternal. Empero el espíritu de rebelión que sus antepasados le habían legado con su sangre, prevaleció sobre los recuerdos de su juventud, y él tambien pupilo, hijo de la Iglesia, se volvió contra su madre. Volvió á comenzar la guerra con furor: las facciones dividían la Italia; los güelfos sostenían la independencia de la Santa Sede y la libertad de la península; los gibelinos, partidarios del Imperio, trabajaban para que dominase la corona imperial sobre toda la Italia.

Todos los dias llegaban á las manos los partidos; no podia ponerse término á aquella funesta division, cuando en toda la Lombardia se formó una liga formidable contra Federico. Poseía este príncipe en grado eminente las cualidades brillantes y caballerescas peculiares de la casa de Suavia; pero en un siglo de fé mostraba la indiferencia religiosa mas completa, y no se había avergonzado de llevar al seno de la austera Alemania y de la piadosa Italia las disipadas costumbres de Oriente. Estas dos faltas habían alejado de él los pueblos, que tal vez hubiera conquistado la gracia de su rostro y su talento. Lotario había sufrido el ascendiente de este príncipe.

Las lágrimas de Leonor corrieron al saber esta deserción: lloraba ante Dios al italiano que había olvidado á Italia, al súbdito rebelde á su príncipe, al católico ensañado contra la Iglesia.

Pronto á estos silenciosos dolores vino á reunirse una devorante alarma. Había entrado el ejército imperial en Lombardia, y todos los dias los contrarios partidos tenían sangrientos combates, cuyos detalles penetraban hasta la soledad del palacio de Bentivoglio. Escuchábalos el anciano con impasible frialdad, no haciendo nunca mas que esta sola pregunta:

AÑO XXIV. 20

—¿Han vencido los güelfos?

No teniendo alegría ó pesar sino por la derrota ó victoria de su causa.

Leonor espía los nombres de los heridos y de los muertos, y no cesaba de hacer investigaciones, y no se quedaba tranquila hasta que veía que el nombre del compañero de su infancia no había sonado en sus oídos, y volvía á continuar sumergida en su dolor, porque si no había perecido en aquel combate podía perecer en otro.

Un día de invierno, en que el viento y la lluvia azotaban los vidrios mezclados al sordo retumbar del trueno, hallábase sentada Leonor cerca de su tío en el gran salón del palacio; para distraer al anciano, presa de sombrías preocupaciones, le había propuesto jugar una partida de ajedrez, y absortos los dos al parecer en el juego, con los ojos clavados sobre los peones, se entregaban á sus pensamientos.... Alzaron los ojos de comun acuerdo: la mampara acababa de abrirse por una mano discreta, y de pie en el dintel de la puerta se mantenía fijo un religioso de los frailes menores, bien conocido en su túnica de sayal atada con una cuerda, en la cabeza afeitada y los pies descalzos. Su rostro y continente eran graves y tristes.

—Entrad, padre mio, dijo Bentivoglio.

—La paz del Señor sea en esta casa, respondió el fraile adelantándose.

—Amen. ¿Qué pedís?

—Estoy encargado de un triste mensaje.... Quiera la gracia de Dios dulcificar mis palabras.

Un débil rubor asomó á las mejillas del anciano, cual si hubiera sufrido una lucha interior; Leonor al contrario, palideció.

—Hablad, padre mio, replicó éste; hablad sin temor, ya no hay noticias tristes para mí.

—Sabed, pues, señor, que el ejército imperial y las tropas de la liga de Lombardía, tuvieron un encuentro ayer en Sondrió, y que el señor Lotario, vuestro hijo, ha perecido.

—¿Ha triunfado la liga?

—Sí, señor.

—Todo va bien entonces.... Sabed, padre mio, que hace mucho tiempo que yo no tenía hijo.... mi casa se ha consolado de su pérdida; pero jamás se consolará de su deshonra.

—Perdonó Dios, señor; ¿y vos no perdonais?

—No hay perdón para el traidor; no hay perdón para él.

—Me retiro, señor; no conviene al ministerio de paz de que estoy investido, oír semejantes palabras. Oraré por vuestro hijo.... y por vos.

Salió el religioso lentamente, en el momento en que atravesaba la galería Leonor, con los ojos llenos de lágrimas, le alcanzó y exclamó:

—Padre mio, ¿se ha reconciliado con Dios en la última hora? ¿Lo habeis visto? ¿Ha muerto solo, abandonado?

—No, hija mia, no; la Providencia divina me había llevado á su lado en el campo de batalla, donde mis hermanos y yo habíamos ido á buscar la salvación de las almas. Lotario ha muerto entre mis brazos arrepentido, absuelto, reconciliado; ha muerto implorando el perdón de su padre y recomendando su viuda y su hijo huérfano á la bondad de una de sus parientas que llamaba Leonor....

—Yo soy, respondió llorando con menos amargura; yo soy, y prometo en vuestras manos, padre mio, cumplir el último voto y deseo de Lotario.

V.

LA VIUDA.

Han pasado dos años, sus largos y tristes días habían pasado mas graves, mas austeros que nunca bajo las bóvedas del palacio de Bentivoglio; el tiempo, la enfermedad, los pesares, habían marcado sus huellas en la frente de Leonor, y oscurecido las gracias de su juventud; empero esta prueba de la vida no había hecho mas que aumentar la dulzura y la indulgente bondad de su alma. Había dado en secreto mil pasos para descubrir la morada de Beatriz; sus esfuerzos habían permanecido sin resultado, y Leonor, al final de sus pesquisas, dudaba que la viuda de Lotario hubiese sobrevivido á su desgraciado esposo. Encomendábase todos los días al cielo, y sentía el peso del aislamiento caer como la losa mas pesada sobre su corazón. La oración y los cuidados que prodigaba á su tío ocupaban su vida, y fiel á su costumbre de otro tiempo, iba en sus horas de tristeza á refugiarse á la iglesia de San Pablo; allí, cerca del sepulcro de sus antepasados, oraba mas tranquila y con mas entero desprendimiento de sí misma.

Una tarde había permanecido en el lugar santo mas tiempo que el de costumbre; rodeaban las sombras la inmensa galería. Salía Leonor á paso lento obedeciendo la voz de un anciano sacerdote que se disponía á cerrar las puertas de la iglesia, cuando al pasar cerca del sepulcro de la madre de Lotario, creyó ver arrodillada una mujer é inclinada á los pies de mármol de la estatua que adornaba aquel sepulcro. Movida por un movimiento de curiosidad se aproximó y dijo en voz baja á aquella mujer:

—Van á cerrar las puertas.

Levantóse la forastera y Leonor vió que tenía por la mano y casi envuelto bajo su manto negro un niño vestido de luto cual su madre.

—¿Qué haciais aquí, mi querida señora y hermana? dijo Leonor con afectuoso acento, notando el aspecto pobre de la desconocida y de su hijo; esta capilla es de los Bentivoglio; si tenéis necesidad de su apoyo se reputarán felices en concedéroslo.

—¡Os equivocais! respondió la jóven meneando la cabeza: ¡Os equivocais! los Bentivoglio me rechazarían de la puerta de su palacio; esta capilla, abierta á todos, es lo único de su casa donde puedo libremente penetrar y llorar sin estorbo.... Y sin embargo, ¡yo tambien llevo el nombre de Bentivoglio!

—¡Gran Dios! ¿Quién sois, pues? exclamó Leonor, acercando la desconocida al resplandor de la lámpara....

La miró, era una mujer jóven, cuya melancólica belleza realzaba el vestido de luto.

—¡Beatriz! exclamó Leonor, ¿y este niño?

—¡Es el mío! ¡Es el suyo! respondió Beatriz, levantando al niño en sus brazos.

Leonor le miró atentamente á los últimos resplandores del crepúsculo y suspiró. Aquel niño se parecía á Lotario niño, y recordaba á la memoria de Leonor los felices días de su juventud.

—Este es, dijo, el último vástago de los Bentivoglio.

—Sí, pero un vástago desterrado, desconocido, crecido á la sombra de la pobreza.

—¿Sois pobre? ¿sufrís? dijo Leonor. ¡Ay! hermana mia, ¿por qué os habeis ocultado por tanto tiempo á mis pesqui-

sas? Hace dos años que sois mi único pensamiento, y no habeis pensado reclamar una parte de mi amistad.

—Perdonadme: sabia por Lotario cuán buena sois; pero no me he atrevido á presentarme á ese severo anciano enemigo de mi raza que ha maldecido á su hijo porque se habia unido á mí. No he querido atraer sobre este niño la maldición que ha pesado sobre su padre. ¡Oh! ¿por qué Lotario me ha amado? ¿Por qué joven, ignorante del mundo, instada por mi tutor, que queria dar un nuevo soldado á la causa de Suavia, ¿por qué he aceptado su mano? Viviria con otra mas feliz.

Las dos lloraban, Leonor dijo al fin:

—¿Queréis confiarme vuestro hijo y permitir que descanse esta noche bajo el techo de los Bentivoglio? Yo intentaré un paso, y si Dios me ayuda, el hijo de Lotario volverá á entrar en sus derechos.

—Disponed de mi Jacopo, respondió Beatriz cogiendo el niño medio dormido y depositándole en los brazos de Leonor; sois su segunda madre.

—Mañana os veré, dijo Leonor abrazándola; pero vos, ¿en dónde vivís?

—Allí, cerca de la iglesia..... siento un triste consuelo en venir á orar cerca de los sepulcros de los antepasados de mi esposo.

Abrazó todavía al niño que se habia quedado dormidito, y las dos, dejando el pórtico á cuya sombra se habian ocultado, se dirigieron á sus respectivas habitaciones.

VI.

EL HUERFANO.

Leonor volvió al palacio sin ser vista, é hizo hacer una camita en su cuarto y acostó en ella al niño que dormia con un sueño tranquilo y profundo: al tenerle en sus brazos, al ver su morena cara apoyada sobre su hombro, al oírle en medio de un sueño murmurar con voz adormecida:

—¡Buenas noches, madre mia! suspiró Leonor y se dijo:

—¿Por qué no habia de haber sido mio este niño?

Pero un pensamiento mas alto hizo callar aquel movimiento de celos y continuó:

—No es mi hijo, pero yo seré su madre: ¡Bendito sea Dios que así lo ha querido!

No se acostó, pasó la noche en orar y velar sobre el niño. Cuando amaneció lo besó suavemente en la frente, y el niño Jacopo, despertándose inmediatamente, la echó los brazos al cuello diciéndola:

—¡Buenos dias, buenos dias, madre mia!

Pero al volver los ojos en torno suyo, conoció que se hallaba en una casa extraña y que besaba á una mujer desconocida, y lágrimas, tan fáciles siempre en la infancia, inundaron sus mejillas.

—No llores, querido niño, le dijo Leonor, dándole unos dulces; volverás á ver á tu mamá hoy.

Apaciguado el niño con aquellas caricias, se dejó levantar y vestir; cuando estuvo vestido, Leonor le hizo juntar las manos y le hizo repetir con ella:

—¡Dios mio, tened misericordia de nosotros, amparadnos! Despues salió con él del cuarto: Jacopo, indiferente, sin cuidarse de nada, Leonor conmovida y trémula.

Llegó al cuarto de su tío, donde las enfermedades le tenían frecuentemente clavado, y donde le prodigaba los cuidados de la hija mas tierna y piadosa. Abrió la puerta con mano tímida: dormia el anciano todavía debajo de sus

largas cortinas de seda. Cogió al niño Jacopo y lo colocó en la cama de su abuelo, haciéndolo señas de que guardase silencio: despues se retiró al inmediato oratorio que no estaba separado del cuarto mas que por un cortinon. Algunos minutos, un siglo de ansiedad pasaron todavía: su nombre pronunciado por una voz imperiosa, la llamó al cuarto de su tío. Hallábanse descorridas las cortinas de la cama; el anciano, apoyado sobre sus almohadas, miraba á Jacopo que parecia mas sorprendido que asustado, y dijo bruscamente á Leonor:

—¿Quién es este niño?

Dejóse ésta caer de rodillas delante de la cama, rodeando á Jacopo con uno de sus brazos y dijo:

—Tío mio, ¿podeis mirarle? Miradle y ved sino es él la viva imágen de.....

Se estremeció el anciano: miró al niño apoyado en el hombro de Leonor: una profunda emoción se veia impresa en sus facciones; sin embargo, dijo bruscamente:

—¿Con qué es él?

—Es vuestro nieto, el hijo de vuestro hijo único, muerto lejos de vos, muerto en la flor de sus años, en el campo de batalla: en nombre del Dios de misericordia, tío mio, no rechaceis á este pobre huérfano.

—Qué vaya á juntarse con su madre; los parientes de la madre y el príncipe escomulgado, por quien ha dado la vida su padre.....

—¡Tío mio, qué amarga burla! Su madre es pobre y vive del trabajo de sus manos; sus parientes han muerto: Federico se halla en el fondo de la Alemania; solo tiene á vos este inocente, vos, su abuelo, su padre, ¿lo rechazareis? Es el legítimo heredero de vuestro nombre, ¿lo condenareis á la oscuridad y al abandono!

Bentivoglio no respondió; Leonor cogió sus manos y se las besó llorando.

—Si no cedéis á la ternura paternal y á la inocencia y á la desgracia de este pobre niño, cedereis al menos á los ruegos de la que llamais vuestra hija..... Yo amaba á Lotario, le amaba como el esposo que me habiais prometido, y cuando nos separamos, he padecido como vos, mas que vos..... En nombre de mis padecimientos os ruego que adopteis á este niño y á su madre: es el único remedio que podeis dar á la llaga que sangra todavía, y que hasta aquí Dios solo conocia.

Leonor venció; cogió el anciano el niño y le abrazó y besó en la frente y lo bendijo: corrían las lágrimas por sus mejillas y decia:

—¡Qué no hubiera yo podido bendecir también á su padre! ¡Oh generosa hija mia, tú me has enseñado á perdonar!

La misma noche Beatriz fué recibida en la casa de su suegro como una hija, como una hermana, muy querida de su prima. Presentada á Bentivoglio por un respetable monje, el anciano é irritado padre aun no se determinaba á perdonarla á pesar de sus buenos propósitos. Leonor se arrojó á sus piés y le recordó su promesa de perdon. Ya Beatriz iba á marcharse, cuando sosteniéndose en uno de sus escuderos se levantó de la silla Bentivoglio para abrazarla.

Al fin vencieron los ruegos de Leonor: Beatriz fué perdonada. Leonor se oscureció casi para dejarla el primer lugar en aquella casa de que Jacobo iba á ser el heredero. Leonor no se casó jamás, sin embargo, fué madre por el corazón. ¡El hijo de Lotario se habia convertido en su hijo!

LA FRIOLERA.

LA JOVEN NODRIZA, POR GREUZE.

Los biógrafos de Greuze no citan de este pintor ninguna obra anterior á 1755, en cuya época contaba treinta años y

entró en la Academia de Pinturas, habiendo presentado antes el cuadro que representa *La lectura de la Biblia*. Se sabe que Greuze, hijo de un fundidor de cobres, natural de Toumus, despues de haber trábajado algun tiempo en Lion, en casa de un artista poco conocido, llamado Grondon, fué á perfeccionarse á Paris dibujando en la Academia, pero sin pisar el estudio de los maestros. Ya en esta época Greuze mostraba una susceptibilidad de carácter y un orgullo pre-



La Friolera.

maturo, que le impedían recibir con paciencia las lecciones de los profesores, y tanto es así, que un día que Natuaz despues de haber alabado una figura que el jóven artista acababa de dibujar, le hizo notar que estaba estropeada.

—Caballero, contestó agriamente el discípulo, podiais consideraros dichoso si pudiéseis hacer un dibujo semejante.

Algunos años despues Greuze, cuyo orgullo se habia aumentado con los triunfos obtenidos, respondió de esta manera á los cumplimientos que Mr. de Morigni le tributaba por uno de sus cuadros:

—Señor, sé que se alaban mucho mis trabajos, pero jamás me los encargan.

La escena pasaba en el gran salon del Louvre y José

Bemet que la presenciaba, se volvió á Greuze y le dijo:

—Es que teneis una nube de enemigos y entre ellos un quidam que parece que os quiere y será el que os pierda.

—¿Quién es ese quidam? preguntó Greuze.

—Vos mismo, respondió francamente el célebre pintor de marinas.

Sin embargo, antes de encontrar el camino que debía de seguir, antes de ser conocido del público y buscado por

los amantes del arte, era preciso vivir, y Greuze al continuar sus estudios, debió, como sucede siempre á los principiantes, acercarse á los vendedores y tratantes de cuadros, dándoles á bajo precio sus primeros ensayos en los que se percibiese ya su talento, y para agradar mas imitó frecuentemente las obras de aquellos artistas cuyo género era de moda. *La Friolera*, *La Joven Nodriz* y otras dos composiciones análogas, *La Florista* y *La Pequeña Madre*, que se



La Joven Nodriz.

encuentran entre las obras de Greuze, parecen pertenecer á este período de la vida de nuestro pintor. Si estas composiciones no llevasen la firma de Greuze, podría dárseles veinte años mas de existencia y atribuirselas á Raux, que se complacia en pintar figuras de mujeres de medio cuerpo, representadas bajo diversos atributos ó en actitudes familiares. Los cuadros de Raux ofrecían mas bien cabezas de

fantasía que retratos; su pincel reproducía con la minuciosidad propia de aquella época, el tipo de las mujeres de la regencia; tan pronto las trasformaba en náyades, en sirenas ó en vestales; tan pronto las mostraba en trages que tenían mas de comedia que de realidad, leyendo ó cerrando una carta, tocando ó cantando alguna pieza de música, pero siempre con una espresion afectada y de coquetería, que

se encuentra tambien en la mayor parte de las obras literarias de aquella época.

Greuze, proponiéndose siempre en sus composiciones un fin moral, no puede, sin embargo, apartarse de aquel falso y lánguido género que dura hasta la aparición de David y que Prudon marca particularmente introduciendo el estudio y el sentimiento de lo antiguo.

La Friolera con su velo que apenas la cubre la frente y los ojos, especie de careta trasparente, con su pañuelo en pliegues, su vestido adornado de encages, sus mangas y su pulsera, parece estar vestida para ir á alguno de los bailes de la corte del regente. Su traje no se parece en nada á aquellos con los que Greuze adornará mas adelante á las jóvenes de *El Padre de Familia* ó *La Novia de la Aldea*. La cesta sobre cuya asa tiene graciosamente colocadas ambas manos, mas bien parece de metal dorado con preciosos cinceles que de pasta ó mimbres. La espresion de la cabeza llena de coquetería, parece representar la fisonomía de alguna célebre cómica de la época haciendo el papel de Friolera y asomándose dulcemente á la ventana para provocar por su aire de inocencia los aplausos de los espectadores.

Nada en *La Joven Nodriz* representa las escenas análogas que Greuze reproducirá pasado algun tiempo; la corona de cintas y flores, el collar de perlas, la forma del vestido, son mas bien del principio que del fin del reinado de Luis XVI. Puede representar si se quiere á una joven marquesa, á la que el jardinero de su palacio acaba de llevar un nido y que apoyada en su balcon trata de dar de comer á los hambrientos pajarillos. Si Greuze hubiera compuesto este asunto en la época en la cual pintaba con preferencia escenas y trages del campo, hubiera reunido y colocado bajo un sombrero de campo esos preciosos y rizados cabellos y en lugar de una columna de mármol hubiera colocado al lado de esa marquesa trasformada en aldeana, algun bello arbusto del cual hubiera cogido el nido que cerca de sí tenia.

La Friolera y *La Joven Nodriz*, nos parecen, pues, remontarse al principio de la carrera de Greuze y hemos pensado que reproduciendo estas dos composiciones que no se conocen en los catálogos de los salones en donde Greuze ha espuesto sus obras, servirán para mostrar al artista bajo un aspecto algo diferente á aquel que estamos acostumbrados á encontrar en sus obras.

EL VELADOR DE MANZANO.

LOS ESPÍRITUS.

Habia en mi casa desde el tiempo de mi abuelo, un velador de madera de manzano, que por su forma antigua se le habia relegado á un desvan con otros trastos viejos.

Como la suerte es como rueda de noria, que va alternativamente poniendo en alto los cubos que antes estaban bajos, volvieron á usarse los muebles mismos que habian tenido nuestros antepasados, las mesas de piés de garra y de columnas salomónicas, y mi velador vino, despues de quitarle la capa de polvo de medio siglo, á quedar muy propio para figurar en mi comedor al lado de otros muebles acabados de salir de la ebanistería.

No sin oposicion bajé el tal velador de la guardilla, *mesa redonda* como le llamaban en su principio, porque mi mujer al verle hizo un gesto de disgusto; empero cuando lo trajeron de casa del ebanista pulimentado y limpio y reluciente como un espejo, ya le pareció mejor, y hasta celebró mi tierna mitad mi feliz idea de utilizar aquel mueble por tantos años abandonado en el desvan. No sucedió así á mis dos hijas, especialmente á Conchita, que nunca ha podido dominar la emocion que se apoderó de ella la primera vez que vió el velador.

Cuando yo lo bajaba del desvan subia ella al mismo tiempo la escalera, y tropezó con él: como yo lo llevaba cogido por el redondel y llevando el pié delante, aunque alzó los ojos no me vió, pues me ocultaba el velador, y sintió que tropezaba en una de las tres patas de garra en que termina. Gritó, se alteró mucho, y hasta tuvimos su ataquito de nervios, porque Conchita es muy nerviosa.

Así es que me rogó que desistiese de mi idea de usar aquel velador, y en eso la apoyó su hermana Manolita, no porque fuese nerviosa, pues es fuerte y robusta como una molinera de la Alcarria, sino porque entre mis hijas hay una simpatía constitucional.

Pero mi mujer es positiva como un número, y se decidió por mi nuevo mueble. Parecianla ridiculas las preocupaciones de Manuela y de Concha, y creyó que era de su deber maternal el corregir semejante debilidad.

Insensiblemente las niñas concluyeron por acostumbrarse á comer con nosotros en el velador.

Conchita de cuando en cuando miraba con recelo las tres garras que sostenian el velador, y profetizaba que algo extraordinario iba á sucedernos; pero yo me reía, y mi mujer la reprendia su supersticion.

A mi me gustaba, me parecia tan cómodo aquel velador, que no solo comia en él, sino que me servia para leer apoyando los codos sobre su tabla.

Así íbamos pasando sin novedad.

Una noche del mes de diciembre, entre once y doce, segun mi costumbre, me hallaba leyendo apoyado de codos en mi velador. Soy nervioso, y la obra que estaba leyendo, el *Libro de los Espiritus*, me habia distraido mucho; empero en aquella noche me aterraba.

Cien veces me habia reido de aquellas historias, que yo tomaba entonces por cuentos de viejas. En aquel momento no era así. Las relaciones del libro tomaban la apariencia de la realidad. Su autor parecia animado de un sano y recto juicio. Su estilo tenia toda la franqueza, todo el atrevimiento de la verdad. Se apoyaba en autoridades respetables y documentos auténticos. ¿Será posible? me preguntaba yo. Despues recordaba que el doctor Johnson, el serio compilador de un notable diccionario, ha creído él tambien en los espíritus con una porcion de personajes sensatos y famosos en las ciencias y en las letras, incluso el gran Napoleon I.

Indeciso, inquieto, turbado, continué mi lectura. Con ella se aumentó mi fascinacion hasta el punto de estremecerme al mas leve ruido, deseando que no fuera tan completa la calma y el silencio de la noche.

Yo leía, leía y leía siempre, cuando sentí erizarse los cabellos.

Una especie de arañ interior, débil; un sonido extraño, inesplicable, mezclado á un género de frotacion ligera, empero perfectamente distinta,

¡Tic! tic!

Sí, yo habia oido bien.

¡Tic! tic!

Eché la vista sobre el reloj de sobremesa. El reloj estaba parado.

¡Tic! tic!

¿Sería mi reloj de bolsillo? No, mi mujer se lo había llevado, como todas las noches al irse á acostar, para colocarlo en la relojera sobre la mesa de cama. Escuchaba con la mayor atención.

¡Tic! tic!

¿Sería algún grillo oculto en algún agujero de la pared?

Con paso trémulo di la vuelta al comedor, aplicando mi oído en todos los rincones.

No, el ruido no venia de las paredes.

¡Tic! tic!

Avergónzame de mi miedo; el tic tic cada vez era mas perceptible.

Me retiraba de la pared y parecía salirme al encuentro. Echaba una mirada en torno mio, empero no veia nada mas que uno de los tres piés con garras del velador. Sentí en mí una repentina revolucion.

—Bueno, me dije á mí mismo, debe de ser ya muy tarde. Vámonos á acostar. Supongo que todo esté cerrado, y es escusado el mirar la casa. Había huido de mí la fascinación, aunque se me había aumentado el temor. Con mano febril cerré el *Libro de los Espíritus*, y me precipité en mi alcoba con tal viveza que me di un buen tropezón contra una silla.

Le conté á mi mujer lo que tan asombrado me tenía, me trató de visionario y me aconsejó que me durmiese.

Al despertar al día siguiente, mi mujer se había ya levantado, y cuando fui al comedor me la encontré de rodillas dando vueltas alrededor del velador, sobre el que se había colocado el desayuno, y á mis dos hijas Manuela y Concha corriendo como locas por el cuarto.

—Papá, papá, gritaba Manuela corriendo hácia mí, ya sabía yo que había de sucedernos esto. ¡El velador! ¡el velador!

—¡Los espíritus! ¡los espíritus! exclamaba Concha metiéndose en un rincón y señalando con el dedo al terrible velador.

—¡Silencio! les dijo mi mujer. ¿Cómo quereis que yo oiga si meais tanta bulla? Estaos quietas. Tú pónte de rodillas y escucha. ¡Tic! tic! ¿No lo oyes ahora?

—Sí, sí, le respondí yo, en tanto que nuestras dos hijas nos suplicaban que nos retiráramos.

¡Tic! tic! tic!

El ruido salía de debajo del mantel.

Mandóse quitar el desayuno, y arrancando mi mujer el mantel del velador, quedó descubierto.

—¡Es el velador! ¡es el velador! gritó Manuela.

—Tontería, replicó mi mujer. ¿Quién ha oído jamás decir que una mesa haga tic! tic! Es, es debajo del suelo. Manuela, Concha y la doncella, sacad todos los muebles, el velador y lo demás. ¿Dónde están las tenazas?

—Aquí están las tenazas, señora, dijo la doncella. ¿Qué quiere vd. hacer?

—Vamos á levantar la alfombra.

Quitada la alfombra, aplicaron todas su oído al suelo, y no se oía ya tic! tic!

—Es particular, murmuró mi mujer; pero de repente despues dijo: ¡El velador! ¡debe de ser el velador! Catalina, vuelva vd. á traer el velador.

—Perdóneme vd., señora, yo no quiero andar con ese velador, que está embrujado, y quisiera que me ajustase vd. mi cuenta.

—No seas tonta. Tráelo tú, me dijo.

Sali en efecto y lo traje. Mi mujer lo examinó de nuevo con una viva atención.

¡Tic! tic! tic!

Indudablemente era el velador.

Mandó mi mujer volver á poner el mantel y el desayuno sobre el velador, no sin gran repugnancia de las señoras, que tenían gran miedo á los espíritus; pero mi mujer les dijo:

—Estoy convencida de que, cualquiera que sea la causa de este tic, tic, ni el tic, tic, ni el velador pueden ocasionarnos el mas leve mal, porque, gracias á Dios, somos buenos católicos. Yo espero que encontraré la causa. Entretanto no se ha de comer en otra mesa mientras estemos aquí. Ahora que ya están puestos los cubiertos, á sentarnos y almorcemos tranquilamente. Manolita y Conchita, no me gustan niñerías, tranquilizaos, idos á vuestro cuarto y luego venid.

Mi mujer, en llegando la ocasión, sabe ser ama de su casa.

Mis hijas volvieron, y aunque con repugnancia marcada, se pusieron á almorzar en el velador. La conversacion fué lánguida, á pesar de cuantos esfuerzos hizo mi mujer por reanimarla. Manuela y Concha, con la cabeza baja y mirando á su plato, atendían á oír el ruido del tic! tic! pero no se oía nada, ó porque el ruido había cesado, ó porque el rumor de la calle, á medida que iba entrando el día, lo sofocaba.

Durante todo el día estuve pensando en el misterioso velador. ¿Sería posible que hubiesen los genios escogido para su mansion una mesa de manzano? ¿Se habría atrevido Satanás á meter su pata en el seno de una honrada familia? Recordando que no había sido muy valiente la noche anterior, me propuse tener mas ánimo á la siguiente.

Para mostrar mi valor, despues de comer y de haber estado de tertulia, durante cuyo tiempo con gran satisfaccion mia no se había oído el tic, tic, declaré que había llegado la hora de acostarse. Encendí un cigarro, y, acercando mi butaca á la chimenea, apoyé mis piés en los morrillos con un aire tan tranquilo cual el del viejo Demócrito en el sepulcro donde se había encerrado en Abdera, cuando á media noche unos tunantes intentaron asustar á aquel estóico con falsos espectros y apariciones.

Muy pronto, cuando me hallaba enteramente solo, oí el continuo tic, tic, tic.

Aunque estaba acostumbrado á aquel ruido, y casi me había propuesto por ocupacion el oirlo, sin embargo, cuando volvió á sonar me cogió tan desprevenido cual si hubiese disparado un pistoletazo en mi oído.

Lléveme la mano al corazón para comprimir sus latidos y recobrar mi sangre fria.

El tic, tic, tic, se elevaba ahora con una espantosa claridad. Agitábase mi pulso y se redoblaban los latidos de mi corazón. No sé en verdad lo que hubiera sucedido si Demócrito no hubiese venido en mi socorro. ¿A qué citar, me dije á mí mismo, el hermoso ejemplo de un filósofo si no he de seguirlo? Dícidme, pues, á imitar al sabio hasta en su ocupacion y en su actitud. Volví á sentarme en mi butaca y cogí *La Correspondencia de España*, y, volviéndome de espaldas al velador, permanecí por un instante como sumergido en la lectura.

El tic, tic, continuaba á mas y mejor.

Parecía que me provocaba, así es que exasperado grité:

—Basta de ruido, tic, tic! Ya es tiempo de que acabemos.

Apenas había hablado cuando cesó el tic, tic. Nunca obediencia alguna respondió mas pronto al mandato. No pude menos de dar vueltas alrededor del velador como si las die-

se alrededor de un ser razonable. ¿Cuándo podría dar crédito á mis sentidos? Vi una cosa que se movía, que se retorcia y se arrastraba sobre la tabla. Brillaba cual un gusano de luz. Instintivamente cogí las tenazas de la chimenea, pero viendo que era ridiculo atacar con ellas á un gusano de luz, volví á dejarlas en su lugar. Cuánto tiempo me quedé como encantado mirándolo no podré decirlo. Marché resueltamente hácia el velador, y en verdad, pues, que ví que del centro de la mesa y de un agujerito, irregular ó mas bien de una rajita ó hendidura, habia salido un objeto brillante y reluciente, cual una mariposa al escaparse de su crisálida. Su movimiento era el movimiento de la vida.

¿Hay ó no espíritus? Pensé. ¿Es este uno de ellos? No, yo debo de soñar. Bajé mi mirada hácia el fuego chispeante de la chimenea y la levanté luego hácia la pálida luz que habia sobre el velador. Lo que yo veía no era una ilusion de óptica, sino una maravilla real. Cualquiera que fuese la apariencia sobrenatural que aquello presentase, traté de considerar aquel extraño objeto bajo un punto de vista puramente científico. Entonces me pareció que era un insectillo reluciente y zumbador. Lo examiné con mas atencion y sangre fria. Relucia, se retorcia y continuaba en forzar las paredes de su prision. Muy pronto estuvo á punto de escaparse



Ocurrióme un pensamiento. Corrí á tomar un vaso de cristal y lo puse sobre el insecto en el momento en que abandonaba definitivamente su prision.

Después de haberlo mirado todavía al través del vaso, lo dejé en su sitio y me fui á acostar bastante tranquilo.

Juro que no podia comprender aquel fenómeno: una especie de oruga saliendo de la madera de una mesa que contaba siglos de existencia. Estaba explicado el misterio del tic, tic. Era simplemente el ruido de la *luciérnaga*, ó insecto parecido, al roer las paredes de su prision. Satisfecho con esta solucion, traté de sacar partido de ella.

Dije á mi mujer que habia logrado hacer callar al tic, tic, y por mas que me preguntó nada quise decirle, proponiéndome el sorprenderla á la mañana siguiente.

Cuando bajé para desayunarme encontré á mi mujer de

rodillas dando vueltas alrededor del velador, y mis hijas mas asustadas que nunca.

—¿Por qué me has venido con cuentos? me dijo muy incomodada. Podias conocer que me iba á ser muy fácil descubrir la verdad. El tic, tic, es mas fuerte que nunca.

Apliqué mi oído contra la tabla del velador, y en efecto el ruido era mas claro, mas distinto, mas perceptible que nunca.

Me levanté y pedí el gusano.

—¡El gusano! ¡el gusano! exclamaron mis hijas. ¿Qué quiere vd. decir?

—El gusano que yo puse anoche dentro de un vaso.

—¡Un gusano en un vaso! gritaron mis hijas, en nuestro vaso, yo no vuelvo ya á beber en él, dijo Conchita.

—Veis este agujerito, esta rendija, dije yo colocando sobre ella el dedo.

—Sí, sí, dijo Concha: eso es lo que tanto me asusta, eso es lo que parece brujería.

—¡Los espíritus! ¡los espíritus! dijo Manuela.

—¡Silencio! exclamó interviniendo mi mujer. Prosigue y dinos que es esta rendija.

—Pues señoras mías, dije yo solemnemente, por esta rendija, ó agujerito, ó como queráis llamarle, mientras que anoche estaba yo aquí solo sentado, ví salir una maravillosa....

Al llegar aquí me detuve involuntariamente, fascinado por la espectante actitud, y los ardientes ojos de Manuela y de Conchita.

—¿Y qué? preguntó la última.

—Una maravillosa oruga, ó luciérnaga....

—¡Una oruga! dijo mi mujer, una oruga salida de este velador.

—¿Y qué has hecho de ella?

—La metí en un vaso.

—Catalina, Catalina, gritó mi mujer llamando á la criada, ¿ha visto vd. un vaso sobre el velador, al limpiar el comedor?

—Sí, señora, con un abominable bicho dentro.

—¿Dónde lo ha puesto vd? la pregunté yo.

—¡Toma! el bicho lo he arrojado al suelo, y he fregado lo mejor que he podido el vaso.

—¡Qué asco! ¿dónde está ese vaso? apártelo vd., y que no vuelvan á ponerlo á la mesa, dijo Concha.

—Pues yo tampoco lo quiero, dijo Manuela. ¡Un bicho! ¡ah, mamá si se agarra á nosotras!

—¡Los espíritus! ¡los espíritus! repetía Concha con temor.

—Vamos, hijas, dijo la madre, marchaos á vuestro cuarto hasta que os presenteis de un modo mas razonable. ¡Vaya, tanto alboroto por un gusanillo! ¡estáis trastornadas, y me da pena y disgusto el ver como os poneis!

Cuando se bieron marchado mis hijas, mi mujer prosiguió:

—Ahora, dime ¿será verdad que haya salido una oruga de esta tabla?

—Te lo afirmo.

—¿La has visto tú salir?

—Sí.

Mi mujer se inclinó para mirar en la rendija.

—Pero, ¿estás bien seguro?

—Sí, y mil veces sí.

Permaneció silenciosa, y comencé á pensar que la impresionaba aquel misterio. Lo sentía, pues si ella á su vez llegaba á asustarse, como es tan devota, era capaz de llamar á algun cura para que exorciase el velador, y arrojase de él los espíritus.